

1.-Un pasillo y un extraño autobús

Aquel larguísimo pasillo era, bajo mis escasos ocho años, un paraje lleno de fantasmas, brujas, demonios e infinidad de seres aterradores. Cruzarlo en la oscuridad suponía un alarde de valentía que a partir de ciertas horas era completamente ajeno a mí.

En un extremo se encontraba el salón y mi habitación, en el otro la cocina, el cuarto de baño y otra pequeña habitación. Durante el día era fácil cruzarlo.

Cuando llegábamos a casa, mi madre abría la puerta y entrábamos cerca del salón, donde dejaba mis cosas sobre cualquiera de las sillas o sillones. Me iba al mirador donde guardaba siempre algún juguete con el que entretenerme hasta que mamá gritaba desde el otro extremo del pasillo “¡A comer!”.

Entonces atravesaba de una rápida carrera aquel pasillo que horas más tarde sería invadido por un tropel de inimaginables seres. Pasaba al lado de las habitaciones de mis padres y hermana junto con otro cuarto dedicado a diversas cosas y nada me asustaba. Es más, si algo hubiese salido a hacerme frente le hubiese aniquilado con mi flamante espada de plástico plateada.

¿Qué diferencia había con el mismo pasillo unas horas más tarde? Solo la oscuridad. Algo había en la oscuridad que atormentaba mi pequeño ser. Un miedo atroz que ni siquiera lograba vencer la tenue luz que alumbraba aquel eterno pasillo.

- ¡Da la luz y no corras!- Decía mi madre o mi padre, daba igual.

El miedo me atenazaba de tal forma que ni siquiera tenía valor para encender la luz. Tomaba carrerilla y atravesaba el pasillo como alma que lleva el diablo rumbo al cuarto de baño, que asaltaba cual si fuera un castillo en el que guarecerme. Y sí, allí sí que lograba

encender la luz, no sé si por encontrarme más protegido o por otro tipo de miedo.

Pero aún quedaba lo peor, había que volver y atravesar de nuevo el enigmático mundo lleno de oscuridad y “no sé qué monstruos”. Daba igual que saliese zumbando hacia el salón, el miedo era siempre abrumador. Y si por un casual se me olvidaba la luz del baño dada, la ración de miedo se duplicaba. Había que volver a hacer de nuevo el mismo recorrido, apagar la luz y volver a oscuras al acogedor salón.

-¡Te has dejado la luz del baño dada!- Era la frase menos deseada en mis oídos en aquellos momentos.

Durante el día aquel pasillo estaba adornado por unas increíbles y coloridas mariposas de plástico a uno y otro lado. Yo me quedaba mirándolas con ganas de cogerlas y correr hacia el mirador para jugar con ellas. Pero al llegar la noche la oscuridad las transformaba en otros más de los extraños seres que habitaban aquel lugar.

Llegaba el fin de semana y a veces solía ocurrir que venían mis hermanos desde sus internados o universidades. Fuese así o no el domingo había que acudir a misa y no siempre tocaba ir a la misma Iglesia. A veces íbamos a una en la que sus paredes estaban adornadas por las pinturas de unos ángeles de extraño aspecto que tocaban unos alargados y extraños instrumentos que al principio me daban miedo. Obviamente no era mi templo favorito.

La habitación de mi hermana tenía un armario de madera en el que se podían distinguir a través de sus vetas la figura de un esqueleto, esto me había enseñado el gracioso de mi hermano, pero nunca me dio tanto miedo como la oscuridad.

Fue la noche de aquel domingo cuando ocurrió todo. Aquel pasillo guardaba una desagradable sorpresa. Traté por todos los medios habido y por haber de no atravesar a solas aquel inmenso mar de sombras y enigmáticos contenidos, pero como casi siempre tuve

que tomar valor y emprender una veloz carrera para dirigirme desde la cocina, donde acabábamos de cenar, hacia el salón.

No sé lo que ocurrió ni como sucedió, pero en mitad de aquella alocada carrera algo se interpuso en mi camino tratando de atraparme y salí volando por los aires.

Lo que ocurrió a continuación fue algo sorprendente. Me vi en medio de una gran cantidad de chiquillos de más o menos mi edad y unas simpáticas señoras que nos iban haciendo entrar en un extraño autobús.

Lo más raro de todo era el interior de aquel vehículo. No tenía los convencionales asientos a uno y otro lado, solo a la izquierda, y las mujeres del interior ya no eran tan simpáticas. El miedo volvía a apoderarse de mí como hacía pocos instantes en el pasillo. Aquellas mujeres vestían uniformes grises y verdes y parecían solo interesadas en inspeccionar los cuerpos de los que allí estábamos. Todos aguardamos nuestro turno.

Cuando por fin me tocó, una mujer distinta y corpulenta me llevó con ella. No era antipática y su trato hacia mí era amable y cariñoso. Me inspeccionó de arriba abajo como lo hacía a veces el médico al que me llevaba mi madre cuando estaba enfermo. Cuando hubo terminado me preguntó:

-¿Se puede saber qué hace aquí un niño tan sanote y guapo como tú?

¿Qué podía responder yo? Ni siquiera sabía dónde me encontraba y por qué.

-No lo sé, Señora. Yo estaba en mi casa y corría hacia el salón. Pero alguien me cogió y ahora estoy aquí. ¿Qué es este lugar?

-De modo que no sabes dónde estás, muchachito. Bien, yo te lo explicaré más tarde. Ahora debes sentarte con el resto de tus compañeros y prepararte para un largo viaje.

-¡Pero yo quiero volver con mi mama!

Estaba desesperado pero a la vez intrigado. Quería volver con mi madre pero también quería saber que era aquel extraño autobús y donde nos llevaba.

Hice caso a la mujer y fui a sentarme con el resto de los niños y niñas que ocupaban la parte trasera izquierda de lo que parecía un autobús. Allí un señor sentado tras un alto mostrador situado a la derecha nos iba dando un billete, como el que muchas veces le vi coger a mi madre cuando nos subíamos el bus de la parada de la Plaza de Santo Domingo.

-No tengo con que pagarle.-Le dije a aquel hombre.

-Aquí no se paga pequeño. Toma el billete y se lo das a la mujer que vigila la salida cuando lleguemos a tu parada.

-¿A dónde vamos?

Aquel hombre no me respondió. Siguió con su trabajo y dio un nuevo billete a otro niño que había detrás de mí.

Una mujer de un tamaño considerable nos hizo dirigirnos a unos asientos libres. Me tocó por compañera una niña que cuando nos íbamos a sentar perdió el billete. Se le cayó al suelo del autobús y enseguida se agachó para intentar recuperarlo. Rápidamente una nueva mujer se acercó a nosotros y empezó a increpar a mi compañera. Yo me agache y traté de ayudarla a buscar su billete.

-¿Qué ocurre aquí? Estos niños deberían ocupar sus asientos. Vamos a salir. ¡Siéntense!- Nos gritó aquella desagradable y gorda mujer.

-Se le ha caído el billete, Señora.- Contesté.

-¡Vete ahora mismo a tu sitio, mocoso!

Aquella dulce niña me miró con cara de agradecimiento y me devolvió una sonrisa cuando encontré su billete y se lo devolví.

-Muchas gracias. ¿Sabes a donde nos llevan?- Me preguntó con una suave voz.

-No lo sé y nadie parece querer decirnos donde nos llevan.

-Esta gente me da miedo.

-A mí también. ¡Quiero volver con mi madre!- Le dije.

El autobús, o lo que quiera que fuese, se puso en movimiento. Pero no se movía por una carretera, iba elevándose y las nubes lo iban envolviendo. Subía y subía rodeado de cada vez más nubes.

-Yo también quiero ir con mi mama.- Me dijo la niña con una tenue voz.

-¿A ti también te atraparon como a mí?- Le pregunté.

-¿Quién te atrapo?- Me preguntó a su vez.

-No le pude ver. Iba corriendo por el pasillo a oscuras de mi casa cuando algo me golpeó la pierna, me cogió y me trajo hasta aquí.- Contesté.

-Yo me estaba ahogando e uno de los ataques que me suelen dar cuando de repente aparecí en este autobús.

Estaba claro que alguien o algo nos había transportado hasta aquel lugar. Ninguno de los dos habíamos visto al que lo había hecho, pero el caso era que ya no estábamos en nuestras casas con nuestros padres. No sabíamos a donde nos llevaban aquellos billetes que nos había dado aquel señor.

-¿Qué pone tu billete?- Le pregunté a la niña.

-Parada 400.- Me respondió.

-La mía pone Parada 800. ¿Cuántas paradas, no?

-Sí, son unos números muy altos.

Detrás de nosotros viajaba un niño que nos estaba oyendo atentamente y se dirigió en un tono burlón a nosotros.

-¡Chincharos! Ninguno de vosotros llegará hasta el final. La mía pone ÚLTIMA PARADA.- Nos dijo, explotando en una sonora carcajada.

Tanto a la niña como a mí pareció importarnos poco la burla de aquel compañero de viaje pues no teníamos ningún deseo de llegar al final del viaje de aquel extraño vehículo.

-Me llamo Laura ¿y tú?

-Víctor, mi nombre es Víctor.

-Y yo Eusebio.- Dijo de pronto el niño burlón.

Las paradas comenzaron a llegar y los compañeros de viaje comenzaron a apearse en la que tenían asignada. Una mujer con un fuerte vozarrón iba cantando el número de la parada y otra se dirigía a los niños preguntando quienes tenían ese número de parada.

Les veíamos salir de sus asientos y dirigirse a la puerta de salida que había en la parte delantera del vehículo. La mujer que había preguntado por los que tenían esa parada les acompañaba dándoles ligeros empujones.

Salían por la puerta, que se abría al llegar cada uno, y desaparecían entre las nubes.

Laura y yo nos quedamos mirándoles más de una vez, preguntándonos que ocurriría fuera del autobús y adonde llevarían a nuestros compañeros de viaje.

-¿Por qué corrías por un pasillo a oscuras?- Preguntó de pronto Laura.

-La oscuridad me da miedo y corro para que no me atrapen los seres que viven en ella.- Respondí.

-¡Qué tonto! En la oscuridad no vive ningún ser.

-¿Y cómo explicas entonces que me hayan traído aquí?- Le contesté.

-¡No lo sé! Pero yo no estaba en la oscuridad y también estoy aquí.

Si no había nadie que viviese en la oscuridad, como decía Laura, no comprendía lo que había ocurrido. ¿Quién me había agarrado en el pasillo? No, yo sabía bien que muchos monstruos, fantasmas, brujas y demonios habitaban a lo largo de aquel oscuro pasillo. Uno de aquellos seres era el que me había raptado e iba a averiguar quién había sido.